

EN CLAVE DE HUMOR

Sansón



EL PERISCOPIO

Carmen Tomás



EL SMI, CASI EL MÁS HABITUAL

DIVERSOS informes económicos han analizado el impacto de las continuas subidas del Salario Mínimo Interprofesional (SMI) sobre el mercado laboral español. El último informe del Instituto Juan de Mariana vuelve a situar el debate en el centro de la actualidad. Según sus datos, la distancia entre el SMI y el salario más común en España se ha desplomado de forma alarmante. En 2018, el sueldo más habitual rondaba los 18.000 euros brutos anuales, mientras que en 2023 cayó por debajo de los 14.000. Esto significa que el salario más frecuente apenas supera en un 3% el salario mínimo, una diferencia mínima que evidencia la fuerte compresión salarial que vive el país. Si se observa el salario modal -el que percibe el mayor número de trabajadores-, la brecha se ha reducido de 8.000 euros hace cinco años a solo 400 en la actualidad. Este fenómeno, según el informe, refleja un empobrecimiento generalizado: mientras el SMI sube a gran velocidad, los sueldos medios y medianos apenas crecen o incluso retroceden. El objetivo político de estas subidas ha sido acercar el salario mínimo al 60% del sueldo más frecuente, un umbral que ya se ha superado en 42 provincias españolas. En una treintena, incluso, el SMI equivale a más del 70% del salario más habitual. Para los autores del estudio, esta situación distorsiona el mercado laboral y genera efectos adversos, especialmente sobre los colectivos más vulnerables, que son precisamente quienes más dificultades encuentran para acceder o mantener un empleo formal. Los analistas insisten en que elevar el SMI sin atender a la productividad, la competitividad o la estructura económica de cada territorio puede provocar un aumento del desempleo y de la economía sumergida.

La condena que falta

En el lenguaje político, pocas palabras encierran tanta carga ética, moral y colectiva como condena. Condenar implica asumir una posición inequívoca ante el mal, implica no solo rechazarlo, sino deslegitimarlo sin matices ni excusas. Sin embargo, en algunos entornos por todos conocidos, el uso de este término sigue siendo un ejercicio de contorsionismo moral, una evasión constante que, tras más de una década del final de ETA, continúa proyectando sombras sobre la memoria y la convivencia en España, y de manera más directa en Euzkadi y en Navarra. El juicio celebrado en la Audiencia Nacional vuelve a poner de manifiesto esta realidad. Ainhoa Múgica, exmiembro de ETA, ha reconocido que dio la orden de asesinar al concejal de UPN José Javier Múgica en 2001. La frialdad con la que se ha admitido la ejecución de un crimen por causas políticas -planeado, decidido y ejecutado contra un representante democrático- nos confronta con una pregunta incómoda pero necesaria: ¿qué más hace falta saber y conocer de ETA para condenar sin paliativos su existencia? La respuesta no está tanto en la ignorancia como en la persistencia de una cultura política que, en algunos, todavía se resiste a una autocritica profunda. La izquierda abertzale ha sabido adaptarse al escenario democrático, incluso capitalizar el final del terrorismo como un triunfo propio, pero sigue existiendo un límite discursivo, un punto ciego: la imposibilidad de pronunciar una condena clara, sin justificaciones históricas ni apelaciones al “conflicto político”. Esa reticencia perpetúa la idea de que la violencia tuvo un sentido, que fue “necesaria” o “comprensible”, cuando en realidad solo sembró dolor, miedo y fractura social. No se trata de reabrir heridas, sino de cerrarlas con verdad y con justicia. Los jóvenes que hoy reproducen consignas del entorno de ETA -como los que protagonizaron los recientes incidentes de Pamplona- son el síntoma de una pedagogía fallida. No vivieron la violencia de los años de plomo, pero la heredan como un símbolo de rebeldía desinformada. Esa memoria distorsionada es alimentada por discursos ambiguos, por líderes que prefieren hablar de “todas las violencias” an-

tes que reconocer la naturaleza terrorista de ETA. Y aquí surge otra pregunta: ¿en qué estamos fallando como sociedad? ¿En las familias, que quizá han evitado hablar de aquel pasado doloroso o incluso lo justifican? ¿En los colegios e institutos, donde la historia reciente se aborda con miedo o se pasa de puntillas? ¿En las universidades, donde el compromiso crítico a menudo se confunde con la equidistancia? La respuesta debe ser colectiva: necesitamos una educación cívica que no solo enseñe hechos, sino valores; que no relativice el terrorismo ni glorifique el odio. Es necesario incorporar testimonios de víctimas, reforzar la memoria democrática y promover espacios donde la verdad se escuche sin filtros ni justificaciones. Moralmente no se puede apoyar a quienes siguen manteniendo el espíritu de la lucha armada o callejera. Los partidos que lo hacen, y sobre todo sus votantes, deben reflexionar sobre ello y exigir a sus dirigentes que se planten ante esa ambigüedad moral; de lo contrario, serán sus cómplices. Condenar a ETA es también condenar a su entorno y a todos aquellos que, hoy en día, aún son incapaces de hacerlo. El silencio o la justificación son formas de complicidad que prolongan la herida y ensucian la memoria colectiva. Frente a ellos, merece recordarse a quienes sufrieron el acoso diario, a quienes perdieron a un ser querido, a quienes tuvieron que marcharse de su tierra o vivir escollados durante años. Su resistencia silenciosa, junto con la labor de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado y el conjunto de la sociedad, fue la verdadera victoria sobre el terror. No hubo derrota militar de ETA, pero sí una derrota moral y social impulsada por la firmeza democrática de las víctimas y por una ciudadanía que dijo basta. La palabra *condena* no debería ser un obstáculo ni una prueba de lealtad política. Es un principio ético básico, una línea que separa el pasado de horror del futuro de convivencia. Mientras siga costando pronunciarla, seguirá pendiente la tarea de construir una memoria libre de ambigüedades. Porque sin condena no hay justicia, y sin justicia, no hay paz auténtica.

Eradio Ezpeleta

Eradio Ezpeleta Iturralde. Criminólogo.
Compañero y amigo de José Javier Múgica.

LA VENTANA

Pedro Charro Ayestarán



DESFILE

A la izquierda abertzale, ya en los sillones, le ha nacido un hijo díscolo, como suele ocurrir- el que siembra vientos recoge tempestades- que parece llevar al extremo, incluso en lo estético, su peor versión y así hemos podido ver con pavor a estos encapuchados de negro desfilando, agrediendo a quienes se ponen por delante, en la estela inconfundible del viejo matonismo de las camisas pardas, de los que quemaban libros y perseguían al oponente, de los desfiles de embozados y los gritos amenazantes, del odio a la libertad de cada cual para ser lo que quiera, dejando claro que la forma de rebatir a quienes llaman fascistas -podrían mirarse en el espejo- y que mañana podemos ser cualquiera, es sencillamente agredir, hacerles callar. En Vitoria estos muchachos envalentonados que pueblan las fiestas y se imponen en las calles, se enfrentaron con falangistas, tal para cual, y aquí, como no encontraron a Quiles, arremetieron con lo que pudieron. Es la vuelta de la kale borroka, la constatación de que en esta tierra hay un fondo de violencia e intolerancia que no termina de curarse. Una nostalgia de los tiempos del tiro en la nuca. Hay quien dice que esto viene de lejos, del viejo carlismo integrista, beligerante, pero lo cierto es que este nacionalismo de tonos oscuros -el que se llama radical y de izquierdas- se basta por sí mismo, encuentra en la violencia una razón de peso, hace equilibrios para justificarla y tiende a ver al diferente, al que se siente español por ejemplo, como algo intolerable que no merece respeto. Desautorizar esta locura debería ser vital, en vez de volver la cabeza o directamente aplaudir estas barbaridades ¡ay! como valiente antifascismo. Con este cáncer no cabe un diálogo, sino poner límites claros y usar la firmeza, pues lo contrario es dar carta blanca para que se expanda. Eso, y no atemorizarse ni renunciar a hablar claro y que resuene. Abandonar el desfile, salirse de la fila, no dejarse arrastrar, es el reto para esta muchachada. No hay otro paraíso que la propia dignidad.